

somos sus hijos, le tenemos amor y con gusto la predicamos.

Nada habria que fuese tan criminal como tener el rubor de la vergüenza al hacer semejante confesion. Y con mas razon cuando subsiste el deber sagrado que tenemos de dar testimonio al mundo de todas las cosas que Jesucristo nos ha enseñado, por medio de su doctrina consignada en los santos Evangelios.

Ahora bien; siendo así que permanecen en todo su vigor los deberes que nos impele á clamar con energía en contra de los males que ligeramente bosquejamos, ¿seria lícito que con perjuicio de nuestros hermanos, traspasándolos, no dándoles el cumplimiento necesario, conservásemos una posicion indiferente teniendo cerrados nuestros labios? Una y mil veces no. Hé, aquí, la norma de nuestras acciones: El cumplimiento de los preceptos de Dios.

¿Cómo hemos de ver con indiferencia que se abuse del candor de nuestras familias en el interior de un templo y desde el asiento del confesonario? ¿Cómo hemos de consentir que con astucia se apoderen los súbditos del Papa de la influencia que tienen sobre nosotros el amor de nuestras esposas, el cariño y las sonrisas de nuestros hijos, para hacerse los dueños de los secretos de nuestro hogar, de las desgracias de nuestra vida, de los dramas ocultos de nuestra alma, para sojuzgarnos mas tarde y disponer en nuestra contra la voluntad de aquellas criaturas que en un tiempo nos amaran? ¿Cómo hemos de ver impasibles que como fantasmas horribles, se persiga al moribundo en el lecho del dolor, en los momentos mas respetables de sus sufrimientos, distrayendo su mente con los negocios temporales del mundo, en lugar de enseñarle el camino del cielo, procurando por medio de la oracion, que su alma comparezca ante Dios tranquila y serena, estando inflamada del fuego ardiente de la fé cristiana, de esa fé que nos hace depositar toda nuestra confianza de salvacion en el augusto Sacrificio del Calvario, en el poder divino de nuestro amante Redentor? Jamás, jamás....!

El único juez de nuestras conciencias es Dios, y el poder de darnos el perdon absoluto de nuestros pecados y la gracia de la felicidad eterna solamente se encuentran en las manos de la Divinidad.

Desgraciados de nosotros si nuestras esperanzas tienen por apoyo las débiles fuerzas del hombre.

El único Salvador que tenemos es Jesu-

cristo. Que no nos engañen; esta es la verdad.

Que no nos fascinen con sus palabras. Dicen que nos aman y trabajan con astucia porque nos pongamos de hinojos ante su presencia, para que les confesemos hasta los mas ocultos de nuestros pensamientos. ¿Es esto amar? No; mentira. No es así en la verdadera Iglesia de Cristo; no es esa la conducta de los discípulos del Salvador; ese ejemplo no se presentó en ninguna parte por los apóstoles en la edad de oro del cristianismo.

Abrid la Biblia y leed. Entónces vereis mas claramente que la iglesia romana enseña doctrinas contrarias á la doctrina de Jesucristo, y que no tiene derecho para presentarlas como de origen divino. Comprenderéis ademas que por esta razon es que todos debemos conocer que la perjuredican en extremo; ella no quiere en realidad, aunque diga lo contrario, que nos illustremos, porque así descubriremos toda la fealdad que con careta de hermosura no requiere que acatemos.

Sin embargo de que su voz no resuen en nuestros oídos anunciándonos que es la única depositaria de la verdad y que solo dentro de su seno podemos salvarnos, no nos durmamos tranquilos creyendo que y dejó de emplear sus ardidés para espantarnos y hacernos sus esclavos, que ya no trata de oprimir nuestras conciencias, porque todavía puede aprovecharse de un amigo ó de un hermano que tenga aún bajo su dominio, para herir las fibras mas delicadas de nuestro sér, combatiéndonos con las criaturas que mas amamos en el mundo tal vez con el cariño de nuestros padres. Permanezcamos firmes en la doctrina de Jesucristo; que nada sea capaz de apartarnos de ella ni en los instantes de morir. Pero tambien veamos con cuidado por dónde se combate á nuestra alma para destruirle sus mas firmes convicciones con una astucia maligna; y en fin, estemos percibidos para defendernos, porque el adversario acecha, está en la sombra.

JESUS MEDINA.

PROGRESOS DEL EVANGELIO.

Grandes son las esperanzas que dia por dia robustecen nuestras ideas. En el terreno de la práctica hemos visto con indecible placer levantarse violentamente el culto que destinado á Dios le tributa nuestras fervientes oraciones, y aumentarse